

Agatha Mystery

Primera edición: mayo de 2015

Título original italiano: *Sulle tracce del diamante*

Idea original de Mario Pasqualotto.

Proyecto editorial de Atlantyca Dreamfarm, s.r.l., Italia,
en colaboración con Luca Blengino.

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Traducción: Elena Martínez Nuño

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia

Publicado por primera vez por Istituto Geografico De Agostini, S.p.A.,
Novara, Italia.

© 2015 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

Todos los nombres y personajes contenidos en este libro son licencia
exclusiva de Atlantyca S.p.A. en su versión original. Sus versiones
traducidas y/o adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los
derechos reservados.

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

lagalera@lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.

08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-5.750-2015

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5358-3

No se permite almacenar, reproducir o transformar de ninguna manera, ya sea electrónica
o mecánica, incluyendo la fotocopia o el escaneo o cualquier otro sistema de almacenaje,
la totalidad o parte de este libro sin la autorización escrita del propietario del copyright.
Para más información, contactar con Atlantyca S.p.A.

Sir Steve Stevenson

EL DIAMANTE
DE ÁMSTERDAM

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Elena Martínez



laGalera

DECIMONOVENA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.

Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Exboxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Inquieto gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Abuela Jubilee

Incansable y todavía vivaracha, es una de las mejores ingenieras hidráulicas del Reino Unido.



DESTINO: HOLANDA



OBJETIVO

Volar a Ámsterdam para descubrir la identidad del ladrón que ha robado a una famosa casa de subastas londinense ¡un diamante en bruto de enorme valor!



Aquella mañana de finales de abril, el sol brillaba sobre el *skyline* de Londres. Un rayo atravesó las cristaleras del ático de Baker Palace y le dio en los ojos a Larry Mystery.

El chico de catorce años estaba tumbado en el sofá. Levantó la cabeza y lanzó una mirada desconsolada al caos que reinaba en la habitación. Había cajas de pizza aplastadas por los rincones y los cables del ordenador habían sido roídos por unos dientecitos afilados.

El chico se sentó emitiendo un largo gemido. Llevaba ya tres noches en las que no conseguía dormir más de una hora. Larry estaba delgado como





un palillo y unas grandes ojeras negras bordeaban sus ojos. Estaba acostumbrado al desorden y era un noctámbulo empedernido. Nunca había sido un problema para él tener el apartamento patas arriba o pasar alguna noche en blanco.

Sin embargo, en aquel momento le hubiera gustado descansar en una habitación limpia y silenciosa.

Un murmullo captó su atención.

Algo se movía bajo un montón de viejas camisetas y calcetines desaparejados.

—Aquí, Sherlock —dijo Larry con voz grave.

Un rayo salido de un torbellino de ropa atravesó el ático ladrando, se abalanzó sobre las rodillas del chico y empezó a lamerle la cara.

—No necesito tu ayuda para lavarme la cara —protestó débilmente.

Sherlock saltó a sus pies y se sentó moviendo alegremente el rabo.

El pequeño beagle había entrado en la vida de



Larry tres días antes. El chico había consultado la página de internet de Battersea Dogs & Cats Home, una de las más famosas perreras londinenses. Cuando vio la foto del hociquito de Sherlock, decidió que iba a ser su fiel amigo de cuatro patas.

Tenía el pelo leonado y dos manchas oscuras en torno a los ojos que se parecían mucho a sus ojeras. Y luego estaba la cuestión del nombre. Larry estudiaba en la Eye International, la célebre escuela de investigación que a menudo le enviaba





a los cuatro confines del planeta para resolver los casos más intrincados. De mayor se iba a convertir en un famoso detective, y era curioso el hecho de que aquel perrito ¡se llamara justamente como el detective más grande de todos los tiempos! Parecía una afortunada casualidad...

Cuando informó a su prima Agatha de aquella novedad, esta se quedó perpleja.

—¿Estás seguro de esta elección? —le preguntó—. Tener un perro supone una gran responsabilidad. Tú vives solo y a menudo estás de viaje por tus investigaciones. ¿Crees que es una buena idea?

—Al cien por cien —respondió él con aire fanfarrón—. Si me he enfrentado a los peores criminales del mundo, ¡te aseguro que no voy a dejarme asustar por un cachorro!

Pero pronto descubrió que, detrás de aquel aspecto tierno, Sherlock era un auténtico ciclón. Era vivaz, quería jugar todo el tiempo y tenía la fea costumbre de roer todo aquello que se le



ponía a tiro. En tres días, el chico había visto su colección de cómics reducida a confeti y dos pares de zapatos destruidos. Sin contar los cables de su ordenador, que parecían ser el aperitivo favorito del beagle. Por suerte, al menos en aquella época no tenía exámenes en la escuela, ¡o habría sido un problema!

El beagle miró fijamente su correa colgada del picaporte de la puerta y volvió a ladrar alegremente.

—De acuerdo, de acuerdo —concedió Larry—. ¡Te llevo a dar un paseo al parque!

Se fue al baño, se lavó la cara y se cambió la camiseta. Miró su imagen en el espejo, se arregló la negra melena y desplegó una sonrisa de presumido.

—Querida Duquesita, esta vez no te me escapas —declaró convencido.

El joven detective había visto a aquella deliciosa chica dos semanas antes, en el parque de la Torre de Londres. Aún no conocía su nombre; le



había puesto ese apodo porque parecía salida de la época victoriana. Llevaba una falda de estilo antiguo que le daba un aspecto señorial y en los días soleados se cubría con una sombrilla.

Aparecía en el parque todos los días a las once, puntual como un reloj, para pasear a su perrita mestiza de color blanco.

Para Larry fue un flechazo.

Pero no había tenido nunca el valor de acercarse a ella. Era bastante torpe y tenía miedo de quedar mal. Necesitaba una excusa para empezar a hablar y presentarse...

Y aquella excusa era Sherlock. En el fondo era justamente por eso por lo que el joven detective había decidido adoptar un perro.

—Sin duda, a la Duquesita le encantan los perros —dijo satisfecho, mientras el beagle le arrastraba hacia el parque olisqueando el suelo—. Te verá entablar amistad con su adorada Fifi... ¡y será la ocasión perfecta para darme a conocer!



Aquella mañana, sin embargo, Larry tenía también otra cita en el parque de la Torre de Londres. A las once y media tenía que verse con Agatha. Su formidable prima iría con Watson, su gato siberiano blanco, para presentárselo oficialmente al pequeño Sherlock.

El chico se preguntaba si aquellos dos harían buenas migas. «Sherlock y Watson — se rio al pensarlo—. Nombres muy oportunos, para un perro y un gato.»

Larry echó un vistazo rápido a su reloj al llegar a la suntuosa verja: las once y cuarto. Se había anticipado a la cita con su prima.

En compensación, la Duquesita mantenía sus horarios.

De pie, junto a su habitual farola, observaba tranquila a su perrita, que jugueteaba en un parterre cercano.

—Presta mucha atención, tienes que hacerme quedar bien —dijo Larry al beagle en tono cómpli-





ce—. Y sobre todo compórtate con su perritaaaaah...

En cuanto vio a Fifi, Sherlock dio un tirón de la correa, que se escurrió entre los dedos del chico. Rápido como una flecha, alcanzó a la perra y empezó a saltar a su alrededor con aire entusiasta.

— ¡Espera! —gritó Larry mientras le perseguía—. Cabezota, te he dicho que tienes que...

Tropezó a pocos metros de la farola, dio una gran voltereta y acabó cayendo en el charco que se encontraba justo delante de los zapatos de raso de la chica.

— ¡Oh, no! —gimió mientras se levantaba y se daba cuenta enseguida de que su camiseta nueva estaba totalmente manchada de barro.

Luego se percató de que la Duquesita tenía abiertos de par en par sus ojos celestes y sonreía.

— Verdaderamente adorable —comentó con aire absorto.

— ¿De-de verdad?

— Absolutamente. ¿Cómo se llama?



—Larry —dijo él con una galante inclinación—. Pero no tiene que llamarme de usted...

—¿Larry? Un nombre curioso para un perro.

La chica señaló con un gesto a Sherlock, que había empezado a jugar con Fifi en el césped.

—¡Oh-oh! ¡No! —farfulló él—. Quería decir que yo me llamo Larry. Él es...

Justo en ese momento resonó en el aire un fragoroso timbre. Instintivamente, el chico se llevó la mano al bolsillo de los pantalones. El EyeNet, un artefacto supertecnológico con el que estaban dotados todos los agentes de la Eye International, se había puesto a sonar. Cuando sucedía esto, quería decir que Larry estaba a punto de verse involucrado en alguna arriesgadísima investigación.

—Responde, si tienes que hacerlo —comentó la Duquesita con una educada sonrisa.

—Esto... perdona... es-es solo un momento...

—tartamudeó él mientras se alejaba—. ¿Podrías vigilar un instante a Sherlock?



—¿Sherlock? —repitió la Duquesita—. También ese es un nombre curioso.

El mensaje lo enviaba UM60, el profesor de Prácticas de Investigación.

Las primeras líneas decían:

AGENTE LM14,
VAYA INMEDIATAMENTE A WEBB'S EN OXFORD
STREET PARA RECIBIR INSTRUCCIONES.
MÁXIMA PRIORIDAD.

Larry lanzó una mirada desesperada a la Duquesita, que estaba mirando con aire divertido a Sherlock y a Fifi mientras daban saltos en la hierba. Pensó que no tenía tiempo de recuperar a su beagle y llevárselo a su cita en Webb's.

Luego recordó que Agatha estaría a punto de llegar. Entonces respiró aliviado, se acercó a la chica y dijo a toda prisa:

—Sé que no nos conocemos, pero, te lo ruego, ¡tengo que pedirte un gran favor!

PRÓLOGO



Después de explicarle de qué se trataba, se fue a la carrera hacia la salida del parque.

Sherlock le miró por un instante con cara de sorpresa.

Luego siguió jugando con Fifi.